

Comentario de La fiesta del chivo

Novela histórica centrada en la figura del dictador Trujillo. La crítica la considera una obra maestra. La respuesta de los lectores ha sido desigual: por un lado, quienes han conseguido superar los primeros capítulos y colocarse cómodamente hasta llegar al placer de la lectura completa y , por otro lado, quienes vieron difícil terminarla.

La etiqueta de novela histórica no es la única dimensión del texto; en seguida destaca la tragedia de una hija frente a un padre débil, cobarde e indigno que cae en desgracia y sufre el rechazo del dictador: será capaz de todo con tal de recuperar la condición de hombre de confianza. De modo que el tema del sacrificio cohesiona el argumento -trazado con estilo literario potente y ritmo poderoso- y suscita rápidamente el interés del lector. La llegada de Urania a su país, tras treinta y cinco años de ausencia lo engancha. Poco a poco iremos conociendo que la tragedia de Urania es una consecuencia más de las atrocidades del dictador, se desvelará en un flashback cuidadosamente dosificado: visitará a su padre, el senador Agustín Cabral, a quien nunca va a perdonar...Así arranca el texto.

Está esperando que asome el mar por la ventana de su cuarto, en el noveno piso del Hotel Jaragua, y por fin lo ve. La oscuridad cede en pocos segundos y el resplandor azulado del horizonte, creciendo de prisa, inicia el espectáculo que aguarda desde que despertó, a las cuatro, pese a la pastilla que había tomado rompiendo sus prevenciones contra los somníferos. La superficie azul oscura del mar, sobrecogida por manchas de espuma, va a encontrarse con un cielo plumizo en la remota línea del horizonte, y, aquí, en la costa, rompe en olas sonoras y espumosas contra el Malecón, del que divisa pedazos de calzada entre las palmeras y almendros que lo bordean. Entonces, el Hotel Jaragua miraba al Malecón de frente. Ahora, de costado. La memoria le devuelve aquella imagen —¿de ese día?— de la niña tomada de la mano por su padre, entrando en el restaurante del hotel, para almorzar los dos solos. Les dieron una mesa junto a la ventana, y, a través de los visillos, Uranita divisaba el amplio jardín y la piscina con trampolines y bañistas.,

En otro momento espectacular, tenemos el ajuste de cuentas de Urania a su padre:

“¿Sabes por qué nunca pude perdonarte? Porque nunca lo lamentaste de verdad. Luego de tantos años de servir al Jefe, habías perdido los escrúpulos, la sensibilidad, el menor asomo de rectitud. Igual que tus colegas. Igual que el país entero, tal vez. ¿Era ese el requisito para mantenerse en el poder sin morir de asco? Volverse un desalmado, un monstruo como tu Jefe. Quedarse frescos y contentos como el bello Ramfis después de violar y dejar desangrándose en el Hospital Marión a Rosalía.”

“—Sí, papá, a eso debo haber venido —dice, en voz tan baja que apenas alcanza a oírse. A hacerte pasar un mal rato. Aunque, con el ataque cerebral,“tomaste tus precauciones. Arrancaste de tu memoria las cosas desagradables. ¿También lo mío, lo nuestro, lo borraste? Yo, no. Ni un día. Ni uno solo de estos treinta y cinco años, papá. Nunca olvidé, ni te perdoné. Por eso, cuando me llamabas a la Siena Heights University, o a Harvard, oía tu voz y colgaba, sin dejarte terminar. «

Poco a poco, el foco narrativo se va desplazando a los aspectos políticos: nos detenemos en algunos pasajes, sirva de ejemplo, el que protagonizan los hombres que esperan a Trujillo para matarlo -narrado de forma pausada y con esmerado “tempo lento” , y con el vértigo y la angustia de quienes están apostados en un cruce de calles escondidos en distintos coches-.

El tiranicidio marca toda la novela: cuando el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo pase en Chevrolet camino del burdel, lo dispararán: planes, preparativos, todos los detalles del atentado.

Vargas Llosa se ha documentado ampliamente, la prensa recogía: *“La noche del 30 de mayo de 1961, Trujillo dejó la capital en un Chevrolet Bel Air azul claro. Conducía su chofer y se supone que iba a verse con su amante cerca de la ciudad de San Cristóbal. Siete de los conspiradores, que conocían la ruta de antemano, se dividieron en tres autos que estacionaron a lo largo de la ruta costera que lleva a San Cristóbal”*.

La combinación de la rapidez del reportaje periodístico y el efectismo del género con el componente psicológico articula una novela total: acción y desglose pormenorizado de la biografía de ‘cada hombre apostado para matar al tirano’. Biografías cargadas de crueldad, sangre y muerte bajo el régimen de Trujillo.

Tanto horror y pánico tienen estos hombres que, a pesar de estar muerto Trujillo y verlo con sus propios ojos, no terminan de creerlo:

“—¡Está muerto, coño!

Él y Amadito echaron a correr. Segundos después, Salvador se detenía, alargaba la cabeza sobre los hombros de Tony Imbert y de Antonio, que, uno con un encendedor y otro con palitos de fósforos, examinaban el cuerpo bañado en sangre, vestido de verde oliva, la cara destrozada, que yacía en el pavimento sobre un charco de sangre. La Bestia, muerta”.

En otros pasajes se describe prolijamente la perversidad de las torturas y crímenes del régimen, así como la crueldad de Trujillo.

“Nada ataba tanto como la sangre, cierto. Sería por eso que él se sentía tan amarrado a este país de malagradecidos, cobardes y traidores. Porque, para sacarlo del atraso, el caos, la ignorancia y la barbarie, se había teñido de sangre muchas veces. ¿Se lo agradecerían en el futuro estos pendejos? Otra vez se abatió sobre él la desmoralización. Simulando consultar la hora, echó una ojeada por el rabillo del ojo a su pantalón. No había mancha alguna en la entrepierna ni en la bragueta. La comprobación no le levantó el ánimo. De nuevo cruzó por su mente el recuerdo de la muchachita de la Casa de Caoba. Desagradable episodio. ¿Hubiera sido mejor pegarle un tiro, ahí mismo, mientras lo miraba con esos ojos? Tonterías. Él nunca había pegado tiros gratuitamente, y menos por asuntos de cama. Solo cuando no había alternativa, cuando era absolutamente indispensable para sacar adelante a este país, o para lavar una afrenta.”

Realidades paralelas que de forma simultánea discurren hacia el punto final : el asesinato del dictador y la catarsis de Urania. Ritmo narrativo extraordinario: fluye todo, encajan las piezas. Vargas Llosa, atados todos los hilos, no termina la novela sin dedicar sustanciosas páginas al político, la figura de Balaguer, que supo sacar al país del horror de la dictadura de Trujillo

Antes de concluir, nos detenemos en el pasaje donde un sacerdote cita a Santo Tomás de Aquino: “cuando la tiranía es en exceso intolerable algunos piensan que es virtud de fortaleza matar al tirano”, para justificar el tiranicidio. Omitiré las múltiples interpretaciones que surgieron, y que junto a juicios diversos sobre la figura de Vargas Llosa en el terreno de la política , animaron la tarde. Frente a esto, algunos letraheridos en exclusiva,

acudimos a otra cita del autor en que sitúa la ficción en un lugar de privilegio en la historia de la humanidad: “una necesidad imprescindible para que la civilización siga existiendo”.

“Matar a cualquiera, no. Acabar con un tirano, sí. ¿Has oído la palabra tiranicidio? En casos extremos, la Iglesia lo permite. Lo escribió santo Tomás de Aquino. ¿Quieres saber cómo lo sé? Cuando comencé a ayudar a la gente del 14 de Junio y comprendí que tendría que apretar el gatillo alguna vez, fui a consultárselo a nuestro director espiritual, el padre Fortín. Un sacerdote canadiense, de Santiago. Él me consiguió una audiencia con monseñor Lino Zanini, el nuncio de Su Santidad. «¿Sería pecado para un creyente matar a Trujillo, monseñor?». Cerró los ojos, reflexionó. Te podría repetir sus palabras, con su acento italiano. Me mostró la cita de santo Tomás, en la Suma Teológica. Si no la hubiera leído, no estaría aquí esta noche, con ustedes.”

Antes de finalizar la sesión, comentamos una curiosidad, El País, 4 de febrero de 1986 publica:

“Los restos mortales del ex dictador de la República Dominicana Rafael Leónidas Trujillo reposan en un mausoleo anónimo de mármol negro en el cementerio municipal de la localidad madrileña de El Pardo. El féretro de Trujillo, llegó a España en 1970, nueve años después de su muerte en un atentado. Sus restos fueron inhumados el 19 de noviembre del mismo año, según consta en el archivo del cementerio de la Almudena, seis meses después de la muerte de su hijo Rafael, enterrado en el mismo panteón. Estas informaciones fueron confirmadas por la Embajada de la República Dominicana en Madrid”.

No añadimos más y terminamos por hoy.

Salimos entusiasmados del instituto...”*otro libro ha caído*”, “*me costó al principio*”, son algunos comentarios , y alguien dice: “se nos ha olvidado hablar de que el dictador era un hombre que no sudaba nunca”... ¡Repulsivo! - decimos algunos.

Hasta la próxima.

Fe González